Meditación - Conmemoración de los fieles difuntos

(Sg 3, 1-6.9; Ps 26 (27); 1 Co 15, 51-57; Jn 6, 37-40)

Hermanos y hermanas,



Jesús nos dice hoy: "Todos los que el Padre me da vendrán a mí, y el que viene a mí no lo echaré fuera" (Jn 6,37). Estas son algunas de las palabras más consoladoras del Evangelio: nadie está perdido en el corazón de Dios. Jesús acoge, guarda, salva. La voluntad del Padre es clara: "No pierdo ninguno de los que me ha dado, pero los resucito en el

último día".

La muerte no tiene la última palabra. Las almas de los justos están seguras en la mano de Dios, y nada puede arrebatárselas. La vida es más fuerte que la muerte (Sg 3,1).

San Pablo nos recuerda: "El aguijón de la muerte es el pecado" (1 Co 15,56). ¿Pero qué es el pecado? En la Biblia, no es primeramente una falta moral, sino el rechazo a creer. Y San Juan lo resume: "El único pecado es no creer" (1 Jn 5,10-12). No creer es cerrarse a la luz, entrar en la verdadera muerte. Creer, por el contrario, es ya vivir en la resurrección.

Creer en Jesús es comenzar ya a resucitar: "El que ve al Hijo y cree en él tiene vida eterna" (Jn 6,40). La resurrección comienza ahora, cada vez que creemos, amamos, perdonamos y esperamos más allá del dolor. Nuestros difuntos no están ausentes: viven en Dios y en nosotros, en lo más íntimo de nuestra fe y esperanza.

Creer en la resurrección no es negar la muerte, es habitarla con confianza. Como dice san Pablo: "Muerto, ¿dónde está tu victoria? Oh muerto, ¿dónde está tu aguijón?" (1 Co 15,54-55). Y San Louis-Marie Grignion de Montfort, al final de su vida, decía: "Estoy entre Jesús y María... ya no pecado". Expresa la paz de quien ya vive en la luz eterna.

Hermanos y hermanas, en este día de conmemoración, entreguemos a nuestros difun-



tos en las manos de Cristo y digamos con confianza: Señor, recuerda a nuestros hermanos y hermanas difuntos, haz que vean tu rostro y concédenos unirnos un día a ellos en la luz de tu resurrección.

Feliz domingo!

P. Jean-Baptiste Bondele, SMM